

Baltasar Magro

El Círculo de Juanelo

ALIANZA EDITORIAL

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard/www.elsasuarez.com
Imagen: © Getty Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Baltasar Magro Santana, 2000
© Alianza Editorial, S.A., Madrid, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9104-967-8
Depósito legal: M. 31.457-2017
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*A los amigos que en el mejor momento
de sus vidas se quedaron en el camino.*

La verdad se oculta en el corazón de las gentes y en el laberinto de su ciudad, una de las más herméticas del mundo; por esa razón, tardé mucho tiempo en descifrar las últimas palabras de Lola. Su muerte no la presencié; pero más tarde me enteré de que había sido atacada en un parque que hay sobre los restos de un circo romano. Allí, uno o varios desconocidos rompieron a jirones su ropa sin despojarla por completo de las prendas íntimas, y después la golpearon brutalmente hasta dejarla agonizando.

Me contó mi tía Teresa que a nuestra amiga la encontraron entre unas zarzas junto a una tapia de piedra, y que debieron de arrastrarla sin piedad por el suelo, ya que su cuerpo quedó erosionado por múltiples desgarros y casi su piel, blanquísima, estaba repleta de heridas que también cubrían su cara; era difícil, por lo tanto, reconstruir sus facciones desdibujadas por la sangre. No hubo violación, tampoco robo, y el móvil del asesinato siempre fue un misterio, como lo sería la identidad de sus agresores.

Todos sabíamos que Lola adoraba aquel parque en el que era un milagro encontrarse con alguien por la noche y que solía pasear entre las ruinas de la construcción romana antes de regresar a su casa, situada en la vega del río, lejos de la ciudad amurallada.

Teresa me aportó algunos detalles sobre lo ocurrido. Habló, días después, con un orfebre que estuvo trabajando en su taller aquella noche hasta muy tarde y que al pasar junto al cercado escuchó unos gemidos. Fue para él doloroso hallar a la joven malherida y, a pesar de todo, le sorprendió la serenidad en su rostro ensangrentado y su mirada inmóvil en un punto indefinido del cielo o de las copas de los árboles. Advirtió en sus pechos descubiertos que aún palpitaba; de la misma manera que lo hacían sus labios con un ligero temblor del que él creyó que surgiría de un instante a otro alguna palabra. La joven no dijo nada y rápidamente él cubrió su desnudez con los restos de las ropas esparcidas por los suelos. Aquel testigo le contó a Teresa que no pudo evitar admirar la belleza de la mujer. Un comentario que, en un primer instante, irritó a mi tía pero que agradeció, sin decírselo, como una prueba de la sinceridad de su interlocutor. El hombre reaccionó sin más demora y corrió hasta su taller para pedir ayuda por teléfono. Cuando llegó el primer vehículo con dos policías, una media hora más tarde, la joven desfallecía, y entonces los agentes le hicieron preguntas atropelladas con una actitud que el artesano calificó de estúpida, puesto que el estado en que se encontraba la víctima no permitía interrogatorios de ninguna clase. Sí pudo verla mejor, le dijo a Teresa, cuando la iluminaron con linternas, y, en ese momento, observó la presión animal de unas manazas que habían dejado sobre su cuello unas marcas sanguinolentas. Sintió mucha lástima y preguntó a los policías si llegaría pronto algún médico. La respuesta de uno de los agentes fue interrogarle a él como si le consideraran culpable de algo, mientras el compañero

escrutaba cada centímetro del cuerpo de Lola levantando los despojos de la ropa que el orfebre había puesto encima de ella con anterioridad. Entonces sintió vergüenza. Antes de que llegara la ambulancia, todo el parque se llenó de policías, de paisano y uniforme, y hasta acordonaron la zona unos guardias civiles. Algunos curiosos se acercaron al lugar de los hechos y él escuchó a uno que decía:

—Deben de haber asaltado a alguien muy importante.

No pudo Teresa ver a su amiga hasta horas más tarde, casi al alba. Fue alertada del criminal trance por un ayudante de Emilio, un pintor con el que las dos habían tenido una estrecha relación en los últimos meses. Sin embargo, no le extrañó a mi tía que el pintor enviara a uno de sus discípulos y que tampoco la acompañara hasta el hospital. El carácter huraño del artista era algo que Teresa soportaba con dificultad, y siempre había sido muy crítica con Emilio por esa razón.

Después de cruzar el río, caminando por uno de sus puentes medievales, llegó al viejo Hospital de la Beneficencia construido encima de un montículo en las afueras de la ciudad. Nada más preguntar por Lola fue informada por una monja perteneciente a la orden de las Hijas de la Caridad que regentaba el centro sanitario de que era imprescindible solicitar la autorización a los policías que se encontraban en el hospital. La elegancia y el aspecto de Teresa, con una altura inusual para las mujeres que se veían entonces por la ciudad, y sobre todo su firmeza, convencieron a los vigilantes de que era preferible facilitar las cosas antes de llevar a cabo cualquier clase de consulta. Por otro

lado, nadie, excepto mi tía, se había interesado por la moribunda.

Teresa entró en una inmensa y desapacible sala, con grandes ventanales sin cortinas e iluminada por la tímida luz del amanecer donde había más o menos veinte camas de metal pintadas de blanco y con desconchones oxidados. En una de ellas reposaba Lola cubierta hasta la mitad del torso con una manta oscura. Las monjas la habían vestido con un camisón rosa descolorido por innumerables lavados. La fuerza de su rostro, con rasgos marcados aunque muy femeninos, se había transformado en una inquietante mueca de dolor y miedo que permanecía inalterable en su expresión. Su cutis ya no era suave y claro, sino traslúcido y azulino. A pesar de todo, el color rojo de sus gruesos labios y la potencia de su mirada, que surgía de unos ojos extrañamente muy abiertos, demostraban que todavía le quedaba algo de vida. La monja indicó con un gesto de circunstancias la inmediatez del fatal desenlace. Teresa cogió una de las manos de Lola y la entrelazó con las suyas. Se asustó y estremeció al sentir con ese contacto la frialdad de su piel. Lola miró fugazmente a su amiga y, a los pocos segundos, cerró suavemente sus párpados; en ese preciso instante, dio muestras de ahogo; pero lo que hizo, en realidad, fue un último esfuerzo.

—Díselo a Rod... díselo: Juanelo, Juanelo nunca morirá... todo se repite, todo... Juanelo...

La monja se acercó tanto para escucharla que impidió con su toca almidonada que Teresa pudiera ver a Lola mientras daba su postrer suspiro. Sí percibió en la flaccidez de su mano que todo se había acabado para aquella joven de veintidós años repleta de in-

mensa energía tan sólo unas horas antes, y con la fortaleza y la seguridad de que era posible cambiar muchas cosas con el arrojo del que siempre hizo gala. Escuchó a la perfección sus palabras y las grabó en su memoria, sin ocultar nunca la extrañeza y el asombro que le produjeron. Pidió a la religiosa que la dejara un rato a solas con la recién fallecida. La monja, antes de retirarse, colocó las manos de Lola sobre su pecho y luego preguntó:

—¿Quién es ese Juanelo? Tuvo que ser alguien importante para ella como para morir pronunciando su nombre...

Mi tía no respondió ni podía hacerlo, intentaba apaciguar su rabia y tristeza. Miró a Lola y le dolió tanto ver su cuerpo inerte, aquella vida arrancada sin sentido en plena juventud, que no pudo contener sus lágrimas. De pronto, los movimientos en las otras camas y los murmullos de algunas pacientes la sacaron del ahogo y comprobó que lo único hermoso en aquel lugar eran los rayos del amanecer que se filtraba suavemente por los ventanales bañando de luz rosácea y aterciopelada un espacio de carencias y sufrimiento. Al dejar la sala, y mientras descendía por las lujosas escalinatas de mármol de la entrada del hospital, uno de los policías se acercó hasta ella y le entregó los objetos personales de Lola, además de una carpeta con algunos dibujos suyos.

Ya en el exterior, Teresa se encontró de bruces con una imagen espectral de la ciudad; las torres y los tejados le parecieron más sombríos envueltos a esas horas en una espesa bruma quebrada por débiles vibraciones del sol. Se le hizo un nudo en la garganta al detectar entre sus manos el bolso y el portapapeles de Lola.

Pensó, sobresaltada, en la tragedia de la muerte, mucho más en la de su amiga, y en la absurda permanencia de la materia como señuelo del recuerdo de las personas que nos abandonan. Y no supo muy bien por qué, pero al contemplar, otra vez, el abigarrado y fantasmal conjunto urbano, no pudo evitar el desasosiego al pensar en la ausencia de todos aquellos a los que ella había querido y cuyos sueños se encontraban allí enterrados.

Juanelo, Juanelo Turriano, era importante para Lola, no tenía ninguna duda de ello, era una de sus múltiples obsesiones, pero no podía imaginar, ni por un momento, que lo fuera tanto, hasta el extremo de morir acordándose de él. Algo había ocurrido para que aquel sabio del Renacimiento fuera el protagonista del aliento final de una joven inquieta y repleta de vitalidad. Quizá realizaba el mito de un hombre excepcional, injustamente olvidado, y en el que ella había encontrado una referencia indiscutible que resumiera sus anhelos antes de dejar este mundo.

La pérdida de Lola se produjo pocos meses después de mi regreso a los Estados Unidos. El poder de alucinación que transmitía el entusiasmo de ella y del resto de mis amigos, junto al de la propia ciudad, me hizo más difícil abandonarlos en el otoño del año 1963; no obstante, me fue indispensable hacerlo porque mi carrera profesional se desarrollaba en el otro lado del Atlántico, en la ciudad de Nueva York, muy lejos de la inquietante Toledo. Eso fue hace mucho tiempo, cuando España estaba sumida en una nueva regresión de la que no parecía posible encontrar una salida sin escarbar con ardor en las heridas de antaño.

Me turbó profundamente saber que había estado involucrado en el último pensamiento de una buena

amiga. Concluí al tener conocimiento de sus palabras que había dejado una huella, no precisamente efímera, en Lola, y esa satisfacción se mezcló con el pesar por su muerte.

Transcurrieron casi veinte años sin que pisara de nuevo Toledo y durante esa larga ausencia fue mi tía Teresa con sus cartas la que se ocupó de evitar que arrinconara definitivamente entre sombras difusas los recuerdos de todos ellos. Mucho tiempo después, como he dicho, regresé a la ciudad y, entonces, pude ver y sentir cosas que a algunos les podrían parecer fantasía porque hoy cuesta entender que hace siglos hubiera gentes dispuestas a defender lo mejor del hombre, su interior, las preguntas básicas, el arte esencial, el conocimiento y la sabiduría en la tolerancia, y que deseaban preservar la mejor herencia de los maestros, y que fueran por esa razón perseguidas y su memoria se intentara ocultar hasta el final de los tiempos. Ahora analizo y valoro aún más la encrucijada decisiva en la que se vieron inmersos un grupo de grandes hombres del siglo xvi en Toledo. Juanelo fue su guía. Todo ocurrió hace muchos años, muchos siglos, y fueron definitivamente las palabras de Lola las que me llevaron a indagar en el secreto de aquellas gentes del pasado y lo que se esconde en lo más profundo de una ciudad eterna y sagrada.

Cuando, de hecho, no había olvidado del todo la muerte de Lola, pero era ya una cuestión que apenas me preocupaba, casi veinte años más tarde como dije, en el mes de diciembre de 1982, y después de haber seguido con interés las noticias que llegaban de España confirmando el triunfo en las urnas de muchos de los que perdieron la Guerra Civil, recibí una carta

de Teresa contándome la nueva situación en el país y pidiéndome que no dejara de acudir al Metropolitan para conocer la reciente adquisición que había hecho el museo de un cuadro de El Greco.

Me retrasé varios días en seguir la propuesta de Teresa pero, finalmente, en vísperas de Navidad, una tarde en la que caía nieve en abundancia sobre Manhattan y cuando a cualquier neoyorquino lo último que se le podría ocurrir era hacer visitas a museos, me presenté en el Met. Quedaba escasamente una hora para que se cerrasen sus puertas y por allí deambulaban pocas personas.

El cuadro recomendado por mi tía estaba colgado en un rincón escasamente iluminado de la segunda planta del Metropolitan. Nada más verlo dudé seriamente sobre lo que tenía delante de mis ojos. Aquello era sorprendente, y por un momento llegué a pensar que estaba en otro lugar y en otro tiempo; era inaudito lo que veía y era imprescindible asegurarme antes de llegar a una conclusión errónea. Miré a mi alrededor y comprobé que no había nadie más que yo en esa zona del museo, excepto un viejo vigilante de color, más atento a su reloj que a observar si alguien en el recinto alteraba las normas de seguridad. Me miró distraído y comenzó a caminar cansinamente con movimientos torpes por un pasillo. Aproveché su ausencia para examinar la pintura. Lo hice lentamente, con la mayor minuciosidad que pude, mientras escuchaba los pasos del guardia muy cerca en el corredor; me daba igual que volviese y me llamara la atención por tener mis narices rozando el óleo. Pocos minutos después las dudas se desvanecieron y me pareció increíble que un museo de esa categoría no hubiera descubierto el fraude. Estaba

seguro, casi convencido, de que aquella obra era falsa, completamente falsa, una copia de El Greco, eso sí, realizada con una perfección extraordinaria, con una precisión impecable, y me preguntaba cómo era posible que hubiera pasado inadvertida la falsificación para los expertos y peritos. El vigilante regresó mientras yo maquinaba sobre el ardid, alejado ya convenientemente del cuadro, y al instante le solicité hablar con el responsable de aquella sección de pintura española. El celador me acompañó con desgana hasta el piso de arriba enfatizando, nada más oír que detrás de una puerta alguien había respondido a su llamada, que no eran horas para molestar a los especialistas del museo:

—Ha tenido muchísima suerte de encontrar a la señorita Skoff porque estamos ya casi cerrando...

La jovencísima conservadora me saludó con forzada cortesía y no dejó de recoger papeles sugiriendo con su frenética actividad que no estaba dispuesta a concederme mucho tiempo. Deduje que sería despedido casi de inmediato, pero al leer la tarjeta que le entregué, debió de considerar, al darse cuenta de la importancia de la firma de arquitectos a la que yo pertenecía, que era conveniente facilitarme algunos detalles, aunque lo hizo a regañadientes.

—Comprenda que no podemos dar cierto tipo de información a cualquiera que nos la pida... Esa pintura por la que se interesa fue localizada en un convento de religiosas de Toledo. No le puedo decir mucho más, no nos está permitido hacerlo. Quizá ya sepa que en la misma ciudad, expuesto en la Casa-Museo del artista, se conserva otro lienzo de bastante mayor tamaño que reproduce el mismo asunto, una panorámica de Toledo...

—Así es —asentí mientras le hice notar con el tono de mi voz su sobria deferencia—, y entre uno y otro hay algunos elementos que los distinguen; por ejemplo, en el de ustedes no aparece la declaración autógrafa donde El Greco razona sus intenciones estéticas, ¿la recuerda? El pintor explica por qué ha situado el Hospital de Afuera, o de Tavera, que con estos dos nombres es conocido, sobre una nube en primer término, y lo más importante de todo: nos da a conocer el sentido, el módulo peculiar, que tienen para él las figuras que pinta en el cielo...

La señorita Skoff, Joan Skoff, dejó caer sus lentes sobre la punta de la nariz y me miró intrigada con sus luminosos ojos azules, inmediatamente se levantó y cogió de una mesa auxiliar un grueso tomo con lo que supuse era el catálogo de la obra de El Greco. La consideré excesivamente joven para trabajar allí, no tendría más de veintiséis años, y deduje que debía de ser una becaria o alguien recién contratada por el Departamento de Arte Español; era exageradamente alta y calzaba unos zapatos que elevaban todavía más su talla. Seguramente tenía antepasados centroeuropeos o nórdicos. Su pelo casi albino lo llevaba recogido en un moño y vestía un traje de chaqueta gris, poco apropiado para su edad, con una falda estrecha y muy corta que moldeaba su armoniosa figura con una precisión que no podía pasar inadvertida para nadie. Había postergado sus prisas iniciales, y después de haberme analizado ella misma con disimulo, demostró su disposición para atender mis explicaciones mientras se acomodaba en su sillón de trabajo.

—... razona El Greco, por primera y única vez sobre un lienzo, que las figuras del cielo que en el cuadro

representan el milagro de la Virgen imponiendo la casulla a san Ildefonso son para él como luces que vistas de lejos por pequeñas que sean parecen grandes. Es, por esa razón, señorita Skoff, por lo que esta pintura, bueno, la otra, la que está en Toledo, es tan esencial para comprender algunas claves de su estilo... Por cierto, señorita Skoff, ¿ha estado usted alguna vez en Toledo?

—No, no he ido nunca, pero quiero decirle algo —hablaba ahora más confiada—. Como usted sabrá, y ya veo que conoce muy bien a El Greco, son frecuentes las réplicas de su taller, o tienda, que así se llamaba también, y en esas pinturas de taller, que normalmente reproducían obras que habían tenido mucho éxito, hay grandes diferencias sobre el primer lienzo.

Aquella era una reflexión expuesta con tranquilidad y conocimiento. Había dado con la persona que yo deseaba encontrar. Me mostró, a continuación, reproducciones de las dos pinturas señalándome sus diferencias sin escatimar elogios sobre el cuadro que poseía el museo neoyorquino. En esto último coincidí con ella, pues a pesar de ser una falsificación, quien la había realizado era magnífico a la hora de imitar el estilo de El Greco. En ese instante no dejaba de acordarme de Emilio, un pintor especializado en copiar al Maestro, y estaba completamente seguro de que evitando pronunciar su nombre, es decir, sin llegar a denunciarlo, habría disfrutado si yo hubiera explicado allí mismo hasta hacer enrojecer a la señorita Skoff las razones por las que creía que la obra del Metropolitan era una simple falsificación.

Se hacía tarde, y caí en la cuenta de que tenía que improvisar algo más para permanecer en el museo.

Fue la conservadora quien me facilitó las cosas al comentar:

–No es nada sencillo interpretar adecuadamente a este artista...

No desaproveché la oportunidad que me brindaba y le hablé del menosprecio y el prolongado olvido que sufrió El Greco, de las múltiples equivocaciones en sus escasas biografías, y hasta le mencioné la confusión con un grabador discípulo de Tiziano llamado Doménico delle Greche que venía a confirmar el desamor que existió durante mucho tiempo, hasta bien entrado el siglo XIX, en torno al pintor y su obra. Después, comentamos la controversia sobre su arte y cómo algunos lo consideraban un colorista a la veneciana bajo la influencia en el dibujo de Miguel Ángel o un pintor manierista; otros, un intérprete de la Contrarreforma, y cómo, a mi entender, su estilo peculiar, personalísimo, tenía mucho que ver con una visión del mundo alejada de la religiosidad oficial pero muy difusa en su iconografía de temas bíblicos por las exigencias del mercado, y más evidente en sus retratos individuales, y que, por lo tanto, su estética ciertamente transgresora no era posible atraparla sin un estudio concienzudo de todo lo que aconteció al artista y al hombre. Y concluí:

–Durante años se le calificó de extravagante, despilfarrador, arrogante, extraño, loco, enfermo de la vista y numerosos apelativos para protegerse de la ignorancia y el desconocimiento de lo que realmente significaba El Greco.

Uno de los vigilantes anunció el inmediato cierre del museo interrumpiendo nuestra charla. Joan Skoff le dijo, para mi satisfacción, que ella se encargaba de

acompañarme hasta la salida y que se ocupaba de mí porque íbamos a permanecer un poco más en el edificio.

—Me agradecería, si es posible, volver a ver el cuadro.

La joven vaciló al escuchar la petición que le hacía y creí que no se daría por aludida. Me sonrió con un gesto de complicidad que me agradó sobremanera y se levantó de su asiento quitándose las gafas, se descalzó y después guardó sus zapatos de tacón de aguja en un cajón de su mesa y de allí mismo retiró unas zapatillas de deporte que se puso dándose prisa y teniendo especial cuidado para que su minúscula falda no la dejara desprotegida. Más relajada con el nuevo calzado, ultimó su atuendo colgándose un espacioso bolso y poniéndose sobre los hombros un larguísimo abrigo acolchado de material sintético (muy a la moda durante aquellos años en Nueva York).

—Venga conmigo, vayamos a ver el cuadro antes de dejar el museo...

Ella misma se encargó de iluminar la pintura encendiendo unos focos que me permitieron apreciarla mejor. Hice uso de mis conocimientos sobre Toledo para retener aún más su atención...

—... es evidente la devoción del pintor por la vieja urbe de las tres religiones, a pesar de que cuando él realiza esta obra el sello católico comienza a ser predominante en todas sus edificaciones sin lograr arrasar el poso de los siglos y la huella imponente, pero soterrada, de las culturas que allí cuajaron a la perfección en una convivencia más o menos tolerante. Es una visión idealizada, claro está, pero mucho más precisa que la otra pintura sobre la ciudad que guardan ustedes en el museo, extraordinaria también y de

una belleza y una luz que te hechizan. Aquí se perciben con más exactitud la disposición de las calles y los principales monumentos. Por esa razón tiene un interesante valor documental, y especialmente el plano que sostiene quien seguramente es el hijo del artista.

–Me parece interesante –dijo la conservadora– el contraste entre la visión de la ciudad, estática, a pesar de la nube que transporta el Hospital, con el incesante movimiento en el cielo del grupo de la Virgen.

–Es un esquema que El Greco repite con frecuencia. Toledo como puente, como alegoría, hacia un mundo superior, de lo sensible y material a lo intangible...

Mi amable interlocutora me observaba con su boca entreabierta dándome la oportunidad de que yo disfrutara de un semblante todavía no acartonado por excesivas horas de estudio. Me distrajo de esos pensamientos al preguntarme por una de las grandes incógnitas aún no resueltas sobre El Greco.

–¿Por qué elegiría esa ciudad? ¿Qué pudo hallar allí para retenerle hasta el final de sus días?

–Nadie lo sabe a ciencia cierta, pero hay algo evidente que nos puede arrojar un poco de luz sobre esa cuestión. El Greco llegó a Toledo de la mano de don Luis de Castilla, hijo natural del deán de la Catedral y judío converso, se relacionó especialmente con personas de ascendencia judía y quizá él tuviera algún antepasado que fuera obligado a dejar la ciudad. Sus amigos fueron los escasos intelectuales que defendían posturas contrarias a la Iglesia oficial, no sé... Tal vez si se estudiara más a fondo por ese camino nos sería más comprensible el significado de muchas de sus obras, de su postura estética, y se lograría superar de una vez el debate estéril sobre las claves de su arte.

Fue en ese instante cuando Joan Skoff me dijo que deseaba enseñarme una extraña inscripción que habían localizado en el cuadro y con su dedo índice me señaló una especie de arañazos minúsculos en el lateral izquierdo del marco. Miré y revisé ensimismado la incisión sobre la madera y al leer con alguna dificultad lo que allí había escrito me aparté desconcertado intentando que la joven no detectara mi sorpresa.

–El artista grabó ahí: «Iannellvs...

–... nunquam morietur», dice también.

–¿Y quién puede ser ese Iannellus?

Respiré profundamente y cogí de una manera instintiva su brazo para no perder la calma haciendo un gesto inexplicable si lo que pretendía era que Joan Skoff no pudiera darse cuenta del sobresalto que me había producido ver aquella frase en el marco de un cuadro del que ahora ya no tenía ni la más mínima duda sobre su fraude. El sentido de todo aquello era un arcano, un absurdo, un juego... no sabía qué decir. Reaccioné como pude.

–Bueno, Iannellus, conozco alguien llamado así de la misma época... muy probablemente es la evocación que ha dejado ahí escrito... El Greco, sin duda, hacia Juanelo Turriano, un matemático, un sabio, un ingeniero coetáneo del pintor. Seguramente, se refiere a la persona que adquirió la obra, puede ser algo así, no... no estoy muy seguro... quizá el marco no sea original...

Dejamos el museo tarde, era completamente de noche, y ya en la calle la joven me invitó a proseguir con nuestra charla cuando yo quisiera. Estaba dispuesta a mostrarme algunos documentos que tenían guardados sobre la pintura. Se lo agradecí y le dije que

la llamaría algún día. Mientras veía desaparecer su taxi en medio de la ventisca de nieve, no dejaba de pensar en la frase grabada en el cuadro por Emilio, un pintor al que yo recordaba como un personaje excéntrico y de buen corazón que disfrutaba con el engaño y embarullando a todos los que estaban cerca de él.

Camino de Connecticut consideré que había llegado la hora de cumplir la promesa que año tras año había hecho a Teresa. Al llegar a New Haven paseé un buen rato por sus solitarias calles, en las que no había caído ni un copo de nieve. Me agradan las viviendas de esa población, trazadas con el gusto urbano heredado de los barrios señoriales ingleses. La de mis padres está siempre repleta de enredaderas que, al final del año, adornan sus muros de una extensa gama de carmines brillantes y tornasolados. Me gusta el color negroverduzco de sus bien alineados ladrillos, los pocos que no están ocultos por la vegetación. Una vez llegué a contar hasta diez mezclas diferentes de verdes tapizando el edificio.

Permanecí mucho tiempo sin hacer nada dentro de la casa, meditando sobre el paso que iba a dar. Una luz plateada comenzó a acariciar todos los rincones.

Fui hasta la mesa de mi madre. Abrí el cajón central. Allí estaban las cartas de la tía Teresa. En ellas me había relatado los lamentables sucesos que ocurrieron con la mayoría de mis amigos y sus reiteradas peticiones para que regresara a España. En el interior de una caja de madera hallé la pesada llave de nuestro hogar en Toledo. Me sentí reconfortado al coger aquel inmenso trozo de hierro entre mis manos. Al fin y al cabo, asistía a una situación semejante a la vivida veinte años atrás cuando decidí iniciar idéntico viaje.